



Ted Lewis

CARTER

Traducción de Damià Alou



Ted Lewis
Carter

Traducción de Damià Alou



sajalín editores

JUEVES

La lluvia llovía.

No había parado desde Euston. Dentro del tren el ambiente era asfixiante, tanto que se te ensuciaban las uñas aunque no hicieras más que estar allí sentado mirando por las ventanillas empañadas. Observando las sucias partes traseras de las casas que se deslizaban bajo las nubes en penumbra. Allí sentado, mirando, ni siquiera jugueteando con los dedos.

Yo era la única persona del compartimento. Me había quitado los mocasines y tenía los pies en alto. Ya había liquidado el *Penthouse* y me había pulido el *Standard* dos veces. Me quedaban tres uñas. Faltaban cuarenta minutos para Doncaster.

Recorrí con la mirada el mohair negro de mis pantalones hasta los calcetines. Flexioné un dedo del pie. La uña formó un marcado resalte en la lana. Tendría que cortármelas cuando llegara. A lo mejor el fin de semana me tocaba caminar mucho.

Me pregunté si me daría tiempo a comprar cigarrillos en el bar de Doncaster antes de que saliera el tren con el que tenía que enlazar.

Si es que estaba abierto a las cinco menos cinco de un jueves por la tarde de mediados de octubre.

De todos modos, encendí uno.

Era curioso que Frank no hubiera fumado nunca. Casi todos los camareros fuman. Entre una tarea y otra. Aunque solo sea una calada para que parezca que se están tomando un descanso. Pero Frank ni siquiera llegó a probarlo. Ni un Woody, solo para ver cómo sabía, cuando éramos chavales y vivíamos en Jackson Street. Nunca quiso saberlo.

Tampoco bebía whisky.

Saqué la petaca, que estaba al lado del *Standard*, desenrosqué el tapón y eché un trago. El tren dio un bandazo y me cayó un poco de whisky en la camisa. Formó una mancha bastante grande, justo debajo del cuello.

Pero no tan grande como la que Frank tenía en la pechera de la camisa cuando lo encontraron. Ni de lejos.

Ni siquiera se habían molestado en disimular; ni se habían molestado en ser inteligentes.

Enrosqué el tapón y volví a colocar la petaca sobre el asiento. Más allá de la compacta lluvia y de las nubes bajas y oscuras, una tenue luz apareció durante un segundo mientras el sol orillaba veloz el borde de una colina. El errático haz de luz se reflejó en la petaca plateada e iluminó la inscripción que tenía grabada.

Rezaba: «De Gerald y Les a Jack. Con mucho afecto en su trigésimo octavo cumpleaños».

Gerald y Les eran los tipos para los que yo trabajaba. Me cuidaban bastante bien porque mi cometido era cuidarlos a ellos. Se dedicaban al negocio inmobiliario. Inversiones. Especulación. Esa clase de cosas. Ya sabéis.

Una pena que tuviera que terminar. Pero tarde o temprano Gerald averiguaría lo mío con Audrey. Y cuando eso ocurriera, más me valía desaparecer. Trabajaría para Stein. Al sol. Y Audrey se broncearía de pies a cabeza. Y sin lluvia.

Estación de Doncaster. Zonas amplias y lúgubres sacudidas por el viento en las que se ven rieles y andenes rodeados de cemento y tenues luces de neón. La lluvia, al caer sin ruido, resalta el vacío. La puerta metálica de la papelería W. H. Smith se cerró con un golpe seco.

Recorrí el pasadizo elevado y cerrado que conducía al andén donde me esperaba el próximo tren. No había nadie más en el pasadizo. El eco de mis pisadas me precedía a distancia. Doblé a la izquierda en una señal que ponía ANDÉN CUATRO y bajé las escaleras. El motor diésel zumbaba listo para salir. Entré, cerré de un portazo y me senté en un asiento de tres. Dejé la bolsa de viaje sobre el asiento, me erguí, me quité el abrigo de ante verde y lo dejé doblado sobre la bolsa.

Eché un vistazo al vagón. Había una docena de pasajeros que me daban la espalda. Di media vuelta y miré hacia el furgón de cola, donde el jefe de tren leía el periódico. Saqué la petaca y eché un trago rápido. Metí la petaca en la bolsa y busqué mis cigarrillos. Pero ya me había fumado el último.

Al principio todo es oscuridad. El traqueteo del tren, los reflejos en las gotas de lluvia y la oscuridad. Pero si miras más allá de los reflejos, al final observas cómo la luz se va infiltrando en el cielo.

Al principio es muy leve, y te dices que a lo mejor, en alguna colina que no puedes ver, se ha incendiado un almiar o un depósito de gasolina. Pero de repente te fijas en que las propias nubes reflejan ese resplandor, y sabes que ha de ser algo más grande. Y un poco más tarde, el tren cruza una zanja y dobla una curva en dirección a la ciudad, una pequeña zona luminosa y concentrada de luz, y más allá y alrededor de esta

puedes ver la causa de ese resplandor, la media docena de plantas siderúrgicas que se extienden hasta el borde de una hondonada semicircular de colinas, llamas que salen disparadas hacia el cielo —rojos suaves que palpitan en el interior de las acerías, el rojo blanco que chisporrotea en los altos hornos—, las estructuras de las fábricas que forman una mole negra que se recorta contra el resplandor colectivo: todo ello parece la versión Disney del Alba de la Creación. E incluso cuando el tren entra en el primer trecho de patios traseros, espaldas de gasolineras e hileras de semáforos demasiado brillantes, la franja reflejada de llamas todavía consigue que levantes la mirada hacia el cielo.

Entregué el billete y crucé la barrera hasta la fachada de la estación, donde estaba el aparcamiento. A algunos pasajeros de mi tren los esperaba un coche, y el resto se dirigió a la parada del autobús de dos pisos. La lluvia caía indolente sobre el cemento brillante. Miré a mi alrededor en busca de un taxi. Nada. Cerca de la oficina de reservas había una cabina telefónica, así que entré, busqué «Taxis» en la guía y llamé a uno de los números. Dijeron que tardaría cinco minutos. Colgué el teléfono y decidí que prefería la lluvia al olor a colillas de cigarrillo.

Una vez fuera, me quedé mirando el aparcamiento. El autobús y los coches habían desaparecido. Justo delante de mí se veía la entrada del aparcamiento, y más allá la calle, con sus feas luces y sus viviendas de protección oficial. Todo estaba igual que ocho años atrás, cuando lo vi por última vez. Un lugar del que no te importa despedirte.

Recordé lo que me dijo Frank en el funeral de nuestro padre, la última vez que estuve en la ciudad.

Yo estaba comiendo un sándwich de huevo y hablando con la señora Gorton cuando Frank se acercó cojeando y me pidió que subiera arriba con él un momento.

Lo seguí hasta nuestro antiguo dormitorio. Una vez allí cogió una carta y me dijo: «Léela». «¿De quién es?», le pregunté. Pero solo contestó: «Léela». Todavía estaba comiendo el sándwich cuando me fijé en el matasellos. Venía de Sunderland, y había llegado cuatro días antes. Saqué la carta del sobre, la desplegué de una sacudida y miré la firma.

Cuando vi quién la enviaba me volví hacia Frank.

—Léela —dijo.

El taxi entró en el aparcamiento. Era un coche moderno, con una señal iluminada en mitad del techo. Se detuvo delante de mí y el conductor salió, rodeó el coche y me abrió la puerta del pasajero.

—¿El señor Carter?

Avancé hacia el coche y el taxista me cogió la bolsa y la colocó en el asiento de atrás.

—Un tiempo espléndido —dijo.

Entré y él entró.

—¿Dónde ha dicho que iba? —preguntó—. ¿Al George?

—Eso es —dije.

El taxi comenzó a moverse. Me palpé el bolsillo y saqué mi cajetilla de cigarrillos, pero se me había olvidado que estaba vacía. El taxista sacó una cajetilla de Weights del bolsillo.

—Tome —dijo—, coja uno de los míos.

—Gracias —contesté. Encendí uno para cada uno.

—¿Va a quedarse mucho tiempo? —preguntó.

—Depende.

—¿Negocios?

—La verdad es que no.

Condujo unos minutos en silencio.

—Conoce la ciudad, ¿no?

—Un poco.

Todavía íbamos por la misma calle que habíamos cogido al salir del aparcamiento. Las luces eran cada vez más brillantes. Delante de nosotros estaba la calle principal.

Era un lugar extraño. Demasiado grande para ser un pueblo, demasiado pequeño para ser una urbe. De niño siempre la vi como una de esas prósperas poblaciones de las películas del oeste. Había una calle principal en la que encontrabas todo lo que necesitabas, y el resto simplemente se desperdigaba por los confines del lugar. Justo detrás de Woolworths comenzaban las casas de protección oficial. Las casas adosadas victorianas llegaban hasta Marks & Spencer. La fábrica de gas se alzaba junto al Café Kardomah. La piscina cubierta y el campo de fútbol quedaban uno frente a otro, apenas a unos cuantos metros de distancia de la corporación de asignación de huertos municipales.

Y lo cierto es que era una población próspera. Treinta años atrás no era más que otro pueblo oculto al abrigo de los Wolds.* Y entonces descubrieron la arenisca. Treinta años después, lo que había sido un pueblo pequeño se había convertido en una gran ciudad, y habría sido aún más grande de no ser por el círculo de siderúrgicas que habían constreñido su extensión.

A primera vista parecía una ciudad muerta. Uno de esos lugares en los que no querrías pasar un domingo por la tarde. Pero la ciudad también tenía varias capas. Escogías una capa,

* Serie de colinas bajas y abruptos valles que forman un terreno abierto sobre una base de caliza o tiza. (*N. del T.*)

presentabas las credenciales adecuadas, y la ciudad era tan buena como cualquier otra. O tan mala.

Y había dinero. Gracias a las siderúrgicas el dinero llegaba a todo el mundo. En una vivienda municipal típica, encontrabas a un padre, una madre, un hijo y una hija, y todos trabajaban. Quizá ingresaban en total ochenta pavos semanales. Un buen lugar donde operar si eras un pez gordo que tenía sus chanchullos a pequeña escala. Y todos esos chanchullos a pequeña escala sacaban dinero de las viviendas municipales. Y había muchas. En una ocasión trabajé en una agencia de apuestas de Priory Hill. Cristo, me dije cuando llegué a averiguar cuánto sacaban a la semana. Dame un par de agencias como esas y te puedes quedar con Chelsea. Y con Kensington. Si los gastos se parecían a lo que ese tacaño cabrón para el que trabajaba me había estado pagando.

Paramos delante de The George. El local se anunciaba como «The George Hotel», pero no era más que un pub grande en el que también podías encontrar un servicio de habitaciones y desayuno. Todo él estaba pintado al cemento, y la carpintería era de color azul. Las ventanas mostraban una falsa celosía, pero ya sabías que por dentro era un antro. A los quince años, cuando empecé a frecuentar los pubs, The George era el único local en el que ni intentaba entrar. Por fuera parecía muy respetable. Luego me enteré de que la realidad era otra. Seguí sin entrar, pero por otras razones. Solo que en aquel momento me pareció un sitio perfecto.

El taxista rodeó la parte delantera del coche y abrió la portezuela. Salí. Abrió la puerta de atrás y sacó la bolsa.

—¿Cuánto es? —dije.

—Cinco chelines —contestó.

—Aquí tiene —dije. Le di siete chelines y seis peniques.

—Gracias, amigo —dijo—. Buena suerte.

Hizo ademán de coger la bolsa para llevarla al hotel.

—Está bien —dije—. Me las arreglaré.

Me dio la bolsa. Empezó a alejarse.

—Esto... —dijo—, si va a salir por ahí durante los próximos días y necesita algo, que le lleve a alguna parte, denos un toque. ¿Vale?

Me volví hacia él. Entre el azul del neón y el lúgubre amarillo del semáforo parecía que necesitara una cámara de oxígeno. En su rostro había una expresión circunspecta, servicial. La lluvia le caía como sudor por la frente. Me lo quedé mirando. Su expresión circunspecta y servicial pareció cambiar.

—Ya se lo he dicho —contesté—. Me las arreglaré.

Miró la bolsa y luego a mí, repasando mis palabras. Intentó fruncir el ceño, pero el poco de miedo que sentía le dio un aspecto más ofendido que enfadado.

—Solo intentaba ser amable —dijo.

Le sonreí.

—Buenas noches —dije, y di media vuelta.

Anduve hacia la puerta en la que se leía «Bar» y la abrí. No le oí cerrar la suya.

Aficionados, me dije. Malditos aficionados. Cerré la puerta a mi espalda.

Había que reconocerle una cosa al propietario. Se esforzaba por conseguir que pareciera esa clase de lugar al que a las parejas casadas de cuarentones les gusta ir a pasar las últimas horas de la noche del sábado.

En las paredes había un grueso papel pintado, con ese relieve que quería aparentar terciopelo. Había un mural fotográfico

de Capri. Había asientos de cuero sintético pegados a la pared que parecían haber sido colocados un par de años atrás. Todas las mesas eran de formica, y también la barra. Había una pequeña cerca que parecía de hierro forjado, pero que era de plástico, que creaba una absurda división. Y el propietario llevaba una camisa limpia.

Había una pareja de patanes que jugaban a una máquina tragaperras. Había un abuelo con una media pinta y el *Racing Green*, y a su lado había una prostituta muy vieja enfundada en un traje pantalón y que iba dejando restos de carmín por todo su vaso de Guinness. Pero ni rastro de la persona a la que estaba buscando.

Eran las siete y cuarto.

Me acerqué a la barra. El propietario miraba algo en la caja registradora y pensaba. El camarero se apoyaba contra el espejo que había detrás de la barra. Estaba de brazos cruzados. Su peinado era una versión irlandesa de Tony Curtis. Un poco más allá, en la barra, había un hombre de unos treinta años que vestía un cárdigan de Marks & Spencer de un color verde polvoriento abierto en el cuello. Estaba sentado en un taburete y se miraba al espejo.

Dejé la bolsa en el suelo y me quedé mirando al camarero. No se movió.

—Una pinta de bitter —dije.

Descruzó los brazos, extendió uno hacia una jarra de tamaño pinta y se dirigió cansino hacia los barriles, y, sin más esfuerzo que el estrictamente necesario, comenzó a echar la pinta.

—En copa de cristal, por favor —dije.

El camarero me miró, y el tipo que estaba sentado a la barra miró al camarero.

—¿Por qué demonios no lo dijo antes? —preguntó el camarero, aflojando lentamente la palanca del barril.

—Iba a decírselo, pero ha sido demasiado rápido para mí.

El otro tipo que estaba en la barra echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada breve y contundente.

El camarero se volvió hacia el tipo y luego hacia mí. El movimiento le llevó unos treinta segundos. Y tardó otros treinta segundos en decidir no llamarme hijoputa listillo. Buscó una copa de cristal, sirvió en ella lo que había en la jarra y acabó de rellenarla en el surtidor. Tras otro fascinante minuto, tenía la cerveza delante de mí.

—¿Cuánto es? —dije.

—Uno con diez —contestó el camarero.

Le di uno con diez y me dirigí a uno de los asientos de cuero sintético, lo más lejos posible de los demás parroquianos. Eché un trago largo y me acomodé para esperar. Estaba seguro de que entraría en cualquier momento.

Pasó un cuarto de hora y me levanté para dirigirme a la barra y pedirle a Don Rápido que me pusiera otra pinta. Después regresé a mi asiento, y de repente, en lo alto de un tramo de escaleras, invisible desde donde yo estaba, comenzó a sonar un teléfono. El propietario dejó de mirar lo que había o no en la caja registradora, rodeó la barra y subió las escaleras. Me acomodé otra vez y eché un trago de mi pinta. El propietario reapareció al pie de las escaleras.

—¿Hay aquí algún señor Carter? —dijo, mirándome fijamente con esa expresión que ponen todos los dueños de pub cuando responden al teléfono por otra persona.

Me puse en pie.

—Soy yo —dije.

Regresó a la barra sin molestarse en entrar en más detalles. Me dirigí al pie de las escaleras y seguí los lejanos compases de la melodía de *Coronation Street** hasta llegar al descansillo donde estaba el teléfono de pago, con el auricular colgando. Lo cogí.

—¿Hola? —dije.

—¿Jack Carter? —dijo ella.

—Hace un cuarto de hora que tendrías que estar aquí.

—Ya lo sé. No puedo venir.

—¿Por qué no?

—Por mi marido. Ha cambiado de turno. Ahora es de diez a dos.

No dije nada.

—Está todo preparado —dijo ella.

—¿A qué hora?

—A las nueve y media.

—¿Has comprado las flores?

—Sí.

Saqué un cigarrillo.

—¿Está Doreen en casa?

—No. Está en casa de una amiga.

—¿Quién está con él, entonces?

—No lo sé.

—No estará solo, ¿verdad?

—No lo sé.

—Pues será mejor que vayas a averiguarlo.

—No puedo.

—¿Por qué no?

* Popular serie de televisión británica que comenzó a emitirse a finales de 1960. (*N. del E.*)

—Por la misma razón por la que no puedo reunirme contigo.
Silencio.

—Mira —dije—, ¿cuándo puedo verte?

—Imposible.

—¿Estarás allí mañana?

—No.

—Mira...

—La puerta no está cerrada con llave —dijo—. Él está en la habitación delantera.

Colgó. Me quedé mirando al auricular sin línea durante unos segundos, lo colgué, bajé las escaleras y me acabé la pinta de pie. A continuación, recogí la bolsa y salí a la lluvia.

Me alejé de The George. Doblé a la izquierda para coger una calle oscura de casas apareadas cuya parte delantera remataban unos estrechos jardines. Por encima de la lluvia y la oscuridad, unas nubes bajas tocadas por el rosa de las siderúrgicas se deslizaban lentamente por el cielo. Volví a girar a la izquierda para tomar una calle exactamente igual que la anterior, solo que al final de esta se veía un tramo de la estrecha carretera que salía de la ciudad, entre las siderúrgicas, y subía hasta las colinas. Anduve hasta el final de la calle, y enfrente del desvío me encontré delante del Garaje y Alquiler de Coches Parker.

Crucé la calle y llamé a la puerta de la oficina. No se veía a nadie. Llamé más fuerte. Se abrió una puerta al otro lado de los archivadores. Apareció un hombre enfundado en un mono y con un gorro de lana rematado por una borla. Cruzó la oficina y abrió la puerta.

Me miró a la cara y esperó a que le dijera lo que quería.

—Me gustaría alquilar un coche —dije.

—¿Por cuánto tiempo?

—Solo un par de días. No me quedará mucho tiempo.

Cogí el coche y crucé la ciudad, pero seguí las rutas apartadas que discurrían en paralelo a High Street hasta llegar a Holden Street, una calle en la que, sabía, la mitad de las casas ofrecían habitación y desayuno; una vez enterraran a Frank, no quería operar desde la casa con Doreen a mi lado. No quería que se viera implicada si podía evitarlo. Encontré una casa con garaje y aparqué el coche delante. Recorrí el sendero, llamé a la puerta y esperé.

La casa tenía ventanas a dos aguas y un porche insignificante. La mitad superior de la puerta principal era de cristal opaco, orlada por arriba y en ambos laterales de un borde de cuadraditos de vidrios de colores. A ambos lados de la puerta había dos vidrieras más exactamente iguales, solo que más estrechas. En el vestíbulo, una sombra se acercó a la puerta y la abrió.

Era una mujer, y no estaba mal. De unos cuarenta años, probablemente menos. Llevaba permanente, tenía la cara cuadrada, bien empolvada, tetas grandes, una blusa con el cuello abierto que llevaba por dentro de la falda, ceñida. Una mujer que no estaba para chorradas si le caías mal, pero ¿y si le caías bien?

Me miró como si pudiera estar contenta de verme.

—¿Estoy de suerte? —dije.

—¿Para qué? —dijo ella.

—Busco habitación. ¿Hay alguna libre?

—Tenemos habitaciones libres.

—Ah, estupendo —dije. La mujer se apartó para dejarme entrar. Vacilé.

—Mire —dije—, la verdad es que no la necesito ahora; esta noche, quiero decir. Sería mañana y el sábado, quizá el domingo.

La mujer cambió de postura y apoyó todo el peso en una pierna.

—¿Ah sí? —dijo.

—Sí. Esta noche me quedo en casa de un amigo, pero ya sabe lo que pasa, mañana ya no puedo quedarme.

—Su marido cambia de turno mañana, ¿no?

—Bueno... la cosa no es exactamente así.

—No —dijo ella mientras comenzaba a darse la vuelta—, nunca es así.

—Hay otra cosa —dije.

Se dio la vuelta y adoptó la misma postura de antes.

—Verá. Tengo un coche, y sé que no pasaría nada si lo dejara en la calle, pero me he fijado en que tiene garaje, y me preguntaba si podría dejar el coche dentro, en caso de que esté vacío. Esta noche, por ejemplo.

Siguió mirándome fijamente.

—Pagando, quiero decir —añadí.

Siguió sin apartar la mirada.

—Bueno, no lo va a aparcar delante de casa de ella, ¿no? —contestó.

—Gracias —dije, y la seguí hacia el interior de la casa—, es muy amable por su parte, de verdad.

—Lo sé —dijo.

Comenzó a subir las escaleras. Tenía unas piernas que no estaban nada mal, al igual que el culo, musculoso, pero no del tamaño que habría alcanzado si no se cuidara. Cuando llegó a lo alto de las escaleras, se dio la vuelta mientras yo todavía la miraba.

—¿Es usted viajante de comercio? —preguntó.

—Se podría decir que sí —contesté.

—Entiendo.

Cruzó un descansillo y abrió una puerta.

—¿Le servirá? —preguntó.

—Ya lo creo —dije—. Justo lo que necesito. —Miré a mi alrededor para demostrarle lo agradecido que estaba—. Justo lo que necesito. —Saqué la cartera—. Mire, le pagaré ahora, y si no le importa, le pagaré también esta noche para poder reservar la habitación.

—Sería una estupidez —dijo—. Es usted el primer cliente desde el lunes.

—Bueno, si está segura —dije—. ¿Cuánto es?

—Cincuenta chelines por dos noches. Habitación y desayuno. Por el garaje bastará con una libra. Si va a quedarse el domingo, háganoslo saber por la mañana.

Saqué el dinero y se lo entregué. Ella dobló los billetes y los introdujo en el bolsillo de la falda. Le quedaba apretada.

—Como le he dicho —añadí—, me pasaré mañana a la hora del té y traeré mis cosas, si le parece bien.

—Como quiera.

—Bien —dije.

Bajamos las escaleras. Al llegar a la puerta, me dijo:

—Le abriré el garaje.

Me metí en el coche, puse la marcha atrás, recorrí el breve camino de entrada y esperé. La mujer levantó la puerta metálica. Metí el coche y salí.

—Una cosa —dije—, ¿mañana estará todo el día en casa?

—¿Por qué?

—Bueno, es posible que necesite el coche por la tarde, y me gustaría recogerlo, si está usted aquí.

—Estaré todo el día en casa a partir de las doce —dijo.

—Bien —contesté—. Perfecto.

Salí del garaje y me volví hacia ella.

—Y gracias de nuevo.

Se me quedó mirando, inexpresiva, aunque en su interior quizá se esbozaba una sonrisa que, si ella hubiera permitido que aflorara, no habría podido sino calificarse de sarcástica. Dejó de mirar y se puso a cerrar la puerta del garaje.

Recorrí el camino de entrada hasta la acera y doblé en dirección a High Street. Sonreí. Me divertía la imagen que se había hecho de mí, su manera de pensar que me había calado. Aquello podía resultar útil.

Mientras me acercaba a High Street me di cuenta de que ya no llovía.

Doblé a la izquierda y subí por High Street. Pasé por delante del Oxford Cinema, Eastoes Remnants y la tienda de golosinas Walton's. Cuando éramos niños, la entrada de Walton's era donde solíamos quedarnos a ver pasar el mundo. Era la mejor entrada de High Street. Lo bastante grande para acomodar a doce chavales, y en invierno era la que tenía menos corrientes de aire. Pecker Wood, Arthur Coleman, Piggy Jacklin, Nezzar Eyres, Ted Rose, Alan Stamp. Todos solíamos encontrarnos allí antes de ir al cine, y si no teníamos dinero para el cine simplemente nos quedábamos allí hasta que llegaba la hora de volver a casa. Jack Coleman, Howard Shepherdson, Dave Patchett. Me pregunté qué habría sido de todos ellos.

Y naturalmente, Frank. Pero en su caso, sí sabía lo que había sido de él.

Y eso era algo que pretendía aclarar.

Ahora me encontraba en Jackson Street. En la esquina que antes ocupaba Comestibles Rowson estaba la misma tienda con

la misma fachada años treinta, pero la habían pintado de amarillo (la carpintería, el marco del escaparate), y el letrero, en lugar de «Comestibles Rowson», ahora decía «Hurdy Gurdy» con una rotulación como si anunciara el circo de Barnum y Bailey, y detrás del cristal, en lugar de botellas de Dandelion & Burdock* sobre papel crepé de un amarillo descolorido, y en lugar de carteles de cigarrillos Player's Airmen y de refrescos Vimto, ahora se veían ropas de sarasa, uniformes militares y pósters de grupos. La tienda limitaba con una hilera de casas tipo chalet con ventanas en saliente que bajaba por un lado de Jackson Street y subía por el otro. Al final de la calle, a bastante distancia, había una reja de hierro, y al otro lado, un descampado cubierto de hierba amarillo-marronosa que conducía hasta el sumidero, una acequia estrecha y encharcada que Frank, yo y los demás cruzábamos para hacer lo que queríamos sin que nos viesen desde los chalets. Al menos eso era lo que yo hacía, y algunos de los demás, pero cuando Valerie Marshbanks nos enseñó las bragas a todos y comenzó a cobrarnos un penique por hacernos una paja entre los matojos (de uno en uno, con Christine Hall, a la que le gustaba mirar), Frank dejó de aparecer por allí, aunque sabía lo que ocurría, y cuando yo llegaba a casa me lo encontraba leyendo sus tebeos, y no me decía nada, simplemente me hacía sentir mal de cojones, y muchas veces se quedaba así tanto tiempo que mamá decía que dejara de poner aquella maldita cara o se fuera la cama, y entonces él cogía su tebeo y se iba arriba sin mirarme. Y cuando yo subía, él ya había apagado la luz, y yo sabía que estaba despierto, y tener que meterme en la cama a oscuras

* Refresco tradicional británico consumido aproximadamente desde 1265, elaborado a base de raíces fermentadas de diente de león y bardana. (*N. del T.*)

escuchándolo pensar era aún peor. Me pasaba horas sin poder dormir porque él estaba despierto, y yo me quedaba despierto porque apenas me atrevía a respirar sabiendo que él estaba pensando en mí.

Recorrí Jackson Street. Vi que al final de la verja todavía quedaba algo de descampado, pero la acequia había desaparecido. La habían rellenado y construido un pequeño taller de ingeniería ligera. Era de ladrillo amarillo y quedaba bajo la farola, y en su interior se oía un torno que hacía horas extras.

Llegué al número 48. Naturalmente, las cortinas estaban echadas, pero en el vestíbulo había una luz que iluminaba los cristales esmerilados y el seto de ligustro que quedaba a un metro de las ventanas en saliente.

Abrí la puerta principal.

Habían cambiado el papel pintado por uno más moderno, con trampas para langosta y redes de pescador y yates de un solo palo encallados, todo ello en marrones claros y verdes pálidos. Él había instalado una barandilla de aglomerado y la había pintado, y había colgado unos cuadros que iban subiendo por debajo de la altura del pasamanos. Había una moqueta carmesí en el vestíbulo y cubriendo las escaleras, y las lámparas eran de tres tulipas, de algún material imitación latón.

Entré en el *office*.

A cada lado de la campana de la chimenea había construido unos módulos en machihembrado. A un lado se veía el televisor, perfectamente escondido, y unos pequeños compartimentos abiertos en los que había fotos enmarcadas, adornos de cristal y cuencos de fruta. Uno de los compartimentos contenía periódicos, el *TV Times* y el *Radio Times*, perfectamente encajados. El módulo del otro lado era para sus libros.

Había hileras del *Reader's Digest*, del *Wide World*, de *Argosy*, *Real Male*, *Guns Illustrated*, *Practical Handyman*, del *Canadian Star Weekly* y del *National Geography*. Todos estaban en los estantes inferiores. Encima se encontraban los libros de bolsillo. Luke Short, Max Brand, J. T. Edson y Louis L'Amour. Russell Braddon, W. B. Thomas y Guy Gibson. Victor Canning, Alistair Maclean, Ewart Brookes e Ian Fleming. Bill Bowes, Stanley Matthews y Bobby Charlton. Y también Barbara Tuchman, Winston Churchill, el general Patton y Audie Murphy. Y encima de todo esto estaban sus discos. La banda de los Coldstream Guards, Eric Coates, Stan Kenton, Ray Anthony, Mel Tormé, Frankie Laine, Ted Heath, This is Hancock, Vaughan Williams.

Sus zapatillas estaban sobre los azulejos que había delante de la chimenea. Una butaca giratoria de cuero negro formaba un ángulo para quedar de cara al televisor.

La chimenea estaba apagada.

Miré en dirección a la cocina. Estaba perfecta. La encimera que rodeaba el fregadero era de formica rojo cereza, y la habían limpiado. No había basura en el cubo de la basura. En el suelo, el cuenco para la comida del perro estaba vacío.

Volví al *office* y abrí la puerta adyacente, que conducía a la habitación principal. Sobre la repisa de la chimenea había una pequeña lámpara de pantalla carmesí. La encendí.

No había muchas flores. Mi corona, un montón de flores de parte de Margaret, y otra corona de parte de Doreen.

La cabeza del ataúd estaba justo en el centro de la ventana en saliente y el féretro dividía la habitación por la mitad. Junto al ataúd, y de cara a este, había una silla de comedor. Me acerqué hasta donde estaba la silla y miré hacia el interior del féretro. Hacía mucho que no lo veía. La muerte no parecía haberlo

cambiado mucho; la cara simplemente reensamblaba las partículas del recuerdo. Y como siempre ocurre cuando ves a un muerto al que has conocido en vida, resultaba imposible imaginar que el cadáver tuviera nada que ver con su anterior ocupante. Tenía ese aspecto de porcelana. Me dije que si le daba unos golpecitos en la frente con los nudillos sonaría como una campanilla.

—Bueno, Frank —dije—. Bueno, bueno.

Me quedé allí un momento y después me senté en la silla de comedor.

Dije unas palabras, aunque no sé lo que dije, e incliné la cabeza sobre el borde del féretro durante unos minutos, y luego me erguí, me desabroché el abrigo y saqué los cigarrillos. Encendí uno y expulsé el humo lentamente al tiempo que contemplaba lo que quedaba de Frank.

Mientras lo miraba, me costaba asumir que lo había conocido. Nada de lo que recordaba de él en mi imaginación parecía real. Eran como fragmentos de una película. E incluso cuando me veía en esos *flashbacks*, como suele ocurrir, me veía desde fuera, yo tampoco parecía real, ni los escenarios ni los colores ni la manera en que las nubes recorrían el cielo mientras hacíamos cualquier cosa debajo de ellas.

Saqué la petaca y eché un trago. Me volví hacia Frank. Me quedé allí un minuto, mirándolo, y después volví a enroscar el tapón y entré de nuevo en el *office*, cerrando la puerta detrás de mí.

Fui hacia el vestíbulo y subí las escaleras. Abrí la primera puerta del descansillo. Era la habitación de Doreen. Antes había sido la mía y la de Frank. El papel pintado estaba decorado con guitarras, notas musicales y micrófonos. Había fotos de los Beatles, los Moody Blues, los Tremeloes y Dave Dee, Dozy, Beaky, Mick y Titch; desplegadas de revistas musicales

pegadas con celo en las paredes. Había discos y un tocadiscos en un armarito situado junto a la cama individual, que estaba hecha para que pareciera un diván y arrumbada contra la pared. Había una cómoda de madera blanca delante de la cama, y, al lado, una barra y una cortina en el rincón hacían las veces de armario. Había un cajón de la cómoda abierto, del que asomaba una media. Entré en el dormitorio de Frank. Antes era el que ocupaban papá y mamá. Había una cama de antes de la guerra, una cómoda de antes de la guerra y un armario de antes de la guerra, y en el suelo un linóleo con dibujos. Todo estaba muy limpio. Sobre la repisa de la chimenea había una fotografía enmarcada de Frank y yo cuando éramos niños, vestidos con nuestros mejores trajes, delante del local del Ejército de Salvación. No es que nosotros hubiéramos formado parte, pero los domingos por la mañana solíamos ir y cantar porque era un cambio y nos lo pasábamos bien.

Me senté en la cama de Frank, que me recibió con un crujido y se combó. El linóleo era verde y frío. Tiré la colilla al suelo y la pisé. Me quedé allí un buen rato y luego bajé, cogí la bolsa y la subí arriba.

Comencé a prepararme para meterme en la cama, y de repente me acordé de algo. Miré a mi alrededor y me pregunté si la habría conservado. ¿Por qué iba a conservarla? Y por la misma razón, ¿por qué iba a tirarla? Me acerqué al armario y abrí la puerta solo por si acaso.

La culata brillaba por debajo de las ropas colgadas de Frank. Me acuclillé y cogí la escopeta justo por encima del gatillo. El cañón golpeó contra el fondo del armario. Un sonido hueco que resonó frío sobre el linóleo. Saqué la escopeta del guardarropa. Donde había estado la culata, metida debajo de un par de

zapatos, había una caja de cartuchos. También los saqué. Llevé la escopeta y la caja a la cama y volví a sentarme.

Miré la escopeta. Joder, habíamos sudado para poder comprarla. Casi dos años, juntando nuestro dinero. Ni cine, ni fútbol, ni petardos. Habíamos hecho un pacto: si uno de los dos lo rompía, el otro se quedaría todo el dinero y se lo gastaría en lo que quisiera. Sabía que Frank nunca rompería el pacto. Pero no estaba tan seguro de mí. Ni él tampoco. De todos modos, conseguí mantenerlo.

Y cuando finalmente la compramos, seguimos sudando. Temíamos que nuestro padre llegara a encontrarla. La habría partido en dos y nos habría obligado a mirar. Solíamos guardarla cerca de casa de Nezzar Eyres y cogerla los domingos cuando queríamos. Pero en cuanto la llevábamos encima, no nos sentíamos a salvo hasta que no nos habíamos alejado, pedaleando en nuestras bicis, al menos media docena de calles de Jackson Street.

Nos turnábamos para llevarla. Cuando me tocaba a mí, siempre me parecía que el tiempo pasaba más deprisa que cuando le tocaba a Frank. Íbamos a todas partes con ella. Back Hill, Sanderson's Flat, Fallow Fields. Pero el mejor sitio era la orilla del río. Era un trayecto de doce kilómetros en bici, pero valía la pena. El río era ancho, hasta tres kilómetros en algunas zonas, y las riberas siempre estaban desiertas. Nos gustaba más en invierno, cuando el viento soplaba en el estuario bajo el ancho cielo gris, mientras nosotros, bien abrigados, caminábamos a grandes zancadas contra el viento, acompañados de nuestra escopeta, y disparando a la nada.

Esos fueron los mejores momentos de mi infancia. Solos Frank y yo en el río. Pero eso fue antes de que él comenzara a odiarme a muerte.

Tampoco es que, antes de marcharme de la ciudad, yo rebo-sara de amor fraternal hacia él.

Joder, siempre ponía tan mala cara por todo. Y siempre se ponía de parte de nuestro padre, aunque casi nunca dijera nada. Simplemente me lo hacía saber por la manera en que me miraba. Quizá por eso lo odiaba a veces; me daba cuenta de que cuando me juzgaba siempre creía tener razón. Bueno, y la verdad es que la tenía. ¿Y qué, joder? Tampoco tenía ninguna necesidad de ser así. Yo siempre fui el mismo, antes y después de que él me odia-ra. Lo único que pasó fue que comenzó a enterarse de algunas cosas. Y él no veía las cosas igual que yo, y para mí eso era todo. Cuanto menos dijera de mí, y cuanto menos me lo dijera, me-jor. No se daba cuenta de que las broncas que tenía con nuestro padre se debían sobre todo a la actitud que Frank tenía conmigo.

Pero todo eso era historia pasada. Más muerta que Frank. Ahora ya no tenía remedio. Pero había algunas cosas que sí po-dría aclarar. Aunque solo fuera por la historia que habíamos compartido.

